

Espacio, tiempo y discursividad

*María Concepción Lara Mireles**

*María Dolores Morín Lara***

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ

Las marcas históricas de la configuración identitaria del hombre son atravesadas por la categoría espacio-temporal, ya que el espacio, el movimiento y el tiempo son la forma de existencia del hombre. Sin embargo, constatamos que hay escasos vínculos entre los estudios de la comunicación y la dimensión geo-social y crono-social. De ahí entonces, el objetivo de este trabajo es bosquejar una nueva perspectiva de estudios comunicativos que integre la categoría espacio-temporal, en su carácter mediatizador de las relaciones sociales.

Abordamos inicialmente el estudio de la categoría espacio-temporal como realidad geo-crono-social.

*Doctorado en Ciencias de la Comunicación Social, Universidad de la Habana. Especialidad en Historia del Arte Mexicano, UASLP. Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, UAM-Xochimilco. Licenciatura en Filosofía, Collegio Internazionale S. Paolo, Roma. Diplomado en Educación Superior, UAM-Xochimilco y UASLP. Diplomado en Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación, Universidad Veracruzana, Colegio de San Luis, Universidad Pedagógica y UASLP. Miembro de AMIC y miembro del SNI nivel 1.

**Cursa la Maestría en Comunicación, con especialidad en Comunicación Internacional y Nuevas Tecnologías de Información y Comunicación, en el ITESM, Campus Monterrey. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Cuenta con publicaciones en la Memoria del XVIII Encuentro Nacional AMIC. En *Andamios. Revista de Investigación Social* de la UACM y en órganos internos y externos de difusión del CONEICC. Es miembro de AMIC.

Se ha desempeñado como asistente del Comité Ejecutivo del CONEICC (2003-2006) y como asistente en la Jefatura del Centro de Investigación de la Escuela de Ciencias de la Comunicación de la UASLP.

Pasamos luego al análisis de los espacios antropológicos como planos de existencia humana. Mediación compleja, multidimensional, que abarca lo territorial hecho geografía social y lo temporal hecho devenir histórico.

A través de la reseña de relatos como los códigos prehispánicos, el literario y el cinematográfico, analizamos cómo el hombre ha generado diferentes formas discursivas para textualizar el mundo, proceso que le ha permitido dotar de significado y apropiarse del espacio y del tiempo.

Cerramos nuestras reflexiones bosquejando la propuesta epistemológica de que en la vivencia social cibermediática, la forma de experimentar el tiempo-espacio sufre un trastocamiento respecto a la forma tradicional de percibir la realidad.

The historical configuration marks of the identity of the men are crossed by the time-space category, this, because the space, the movement and the time express the existence of men. Nevertheless, we find rare bonds between communication sciences and the geo-social and crono-social dimension. That's why the objective of this paper is to sketch a new perspective of communicative studies integrating the time-space category, in it's mediator character for social relations.

Initially, we approach the study of the time-space category as a geo-crono-social reality.

Then, we pass to the analysis of the anthropological spaces as planes of human existence. Complex and multidimensional mediation, including the territorial as a social geography and the temporal as an historical made happen.

Through the revision of narratives, like the prehispanic codes, literary and cinematographic, we analyze how men has generated different discourses forms to tell the world; process that has allowed him, equip meaning and take control over the space and time. We close our reflections sketching an epistemological proposal: In the cibermedia social experience, the way in which we collect time-space is mixed up in relation to the traditional way of perceiving reality.

INTRODUCCIÓN

Las marcas históricas de la configuración identitaria del hombre son atravesadas por la categoría espacio-temporal, por esta forma de ser y de estar del hombre histórico. El espacio, el movimiento y el tiempo son la forma de existencia

del hombre. La percepción espacio-temporal es un evento social diagramado histórica y colectivamente.

Por lo tanto, “espacio y tiempo no pueden ser olvidados en el abordaje de los estudios sociales (...) ya que cada uno de los elementos que integran la estructura social (clases, grupos sociodemográficos, ocupacionales, étnicos, laborales y otros), se reproducen en determinados lugares, ‘espacios’” (Ravenet, 2003, p. 31). Existe siempre una territorialización de lo social.

Los estudios comunicológicos no deben tampoco prescindir de la consideración de esa mediación. Deben atender a la espacialidad de los fenómenos de la interacción simbólica, es más, a su multiespacialidad y a la temporalidad conformadora de los ritmos del devenir histórico.

Constatamos que hay escasos vínculos dados entre la investigación de la comunicación y las consideraciones geo-sociales. Son todavía pocos los autores que en sus estudios analizan los fenómenos comunicativos integrando la categoría espacio-temporal. Entre ellos destacan: Néstor García Canclini, Gilberto Giménez, Milton Santos, Rossana Reguillo, Abilio Vergara y Manuel Castells. De ahí que el objetivo de este trabajo es bosquejar una nueva perspectiva de estudios comunicativos que integre la categoría espacio-temporal en su carácter mediatizador de las relaciones sociales, puesto que la especificidad cognitiva de lo comunicativo –la producción social de sentido– no puede prescindir de la articulación entre espacio-escenario, significación y acción-flujo de los actores de la comunicación.

EL ESPACIO COMO REALIDAD GEO-SOCIAL

Nuestras reflexiones sobre el espacio como realidad geo-social parten de la teoría desarrollada por Milton Santos, para quien el espacio no es un sistema de cosas, sino una realidad relacional, es decir, cosas y relaciones juntas: “El espacio debe considerarse como el conjunto indisociable del que participan, por un lado, cierta disposición de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales, y por otro, la vida que los llena y anima, la sociedad en movimiento” (1998).

Según Mariana Ravenet, la propuesta de Santos es producto de una mirada interdisciplinaria, ya que toma conceptos sociológicos y les incorpora significados geográficos, antropológicos, históricos y psicológicos. La autora desarrolla el pensamiento de Santos sobre su concepción del espacio como realidad relacional:

“Conjunto indisociable de sistemas de objetos (fijos) y sistemas de acciones (flujos), en permanente interacción. Relaciones realizadas a partir de las funciones y las formas, que se presentan como testimonio de una historia escrita por los procesos del pasado y del presente. Es, esencialmente, naturaleza modificada y transformada por la acción humana y, por tanto, una creación social” (2003, p. 31).

Lo que para Milton Santos es el espacio como realidad geosocial o relacional, para Gilberto Giménez es la categoría que él denomina territorio, “resultado de la apropiación y valoración del espacio mediante la representación y el trabajo, una ‘producción’ a partir del espacio inscrita en el campo del poder por las relaciones que pone en juego; y en cuanto tal se caracterizaría por su ‘valor de cambio’” (2000, p. 22).

Bajo esta concepción se puede hablar de un sistema complejo que comprende no solamente la dimensión física, sino también dimensiones políticas, económicas y culturales. En otras palabras, podemos hablar de un sistema territorial que posee no solamente un carácter instrumental-funcional sino también una función simbólica-expresiva (Gimenez, 2000).

La transformación de un espacio anónimo en territorio apropiado se realiza mediante complejas operaciones de sentido por parte de los actores sociales, operación que pone en el centro de los estudios comunicacionales a la categoría espacio-temporal, por su espesor simbólico y su intervención en los procesos de conformación identitaria.

En la línea de los estudios sobre cultura-comunicación urbana, Rossana Reguillo (2000) problematiza las formas de socialidad en la ciudad, como trama de las interacciones comunicativas, proponiendo la articulación entre el espacio, la significación y la acción. Reguillo aborda las formas urbanas poniendo especial énfasis en lo que Abilio Vergara llama: la espacialización simbólica cotidiana y las representaciones sociales (2003). Ella habla de las narrativas urbanas que el hombre construye cuando se apropia del espacio —del lugar físico— y lo habita dándole un sentido, el sentido de “su lugar”, es decir, el espacio de la interacción con los otros, con los más cercanos. Se trata de las experiencias subjetivas de actores históricamente situados, es decir, de complejas relaciones entre ellos, los sucesos, las instituciones, los espacios y los lenguajes en movimiento. En dichos procesos de construcción de la significación, los practicantes de lo urbano se constituyen en actores o practicantes de la comunicación. Estamos ante una conceptualización de la acción comunicativa, como un eje vertebrador de los procesos socio-políticos-culturales.

Un somero recorrido histórico sobre el hábitat doméstico del hombre es un referente empírico que nos demuestra la validez de la perspectiva relacional con el entorno que hemos bosquejado:

El hábitat ha evolucionado por motivos no sólo funcionales, sino ideológicos, estéticos, normativos. Los procesos de apropiación y valoración de los espacios no han sido siempre los mismos. Por ejemplo, nuestro concepto actual de hogar, espacio donde transcurre la vida privada familiar, no es algo dado desde siempre en Occidente. Esta concepción empieza a crearse en la Europa del siglo XVIII. Hasta ese momento, la vida se desarrollaba casi toda afuera de la casa, en la calle. La casa era sólo para dormir. El comedor, como lugar para consumir los alimentos, no existía, se comía en cualquier lugar de la casa: la recámara, la cocina o la estancia.

El hombre va construyendo sus espacios también de acuerdo con las condiciones históricas y socio-económicas. En México, en la época colonial y aún en el siglo XIX, en nuestras ciudades las diferentes actividades comerciales y artesanales se integraban a la casa, asignándoseles un lugar específico para desarrollarse: los patios, las plantas bajas y los corrales; mientras que las habitaciones domésticas se ubicaban en la planta alta. Numerosos ejemplos de esta distribución y apropiación instrumental de los espacios los podemos apreciar en Querétaro, Puebla, Guanajuato, Morelia y San Luis Potosí (Lara, 1999).

Las condiciones climáticas influyen también en la configuración del hábitat. En el sureste mexicano los porches o terrazas son los espacios donde por las tardes y noches la familia convive y saluda o entabla breves conversaciones con el vecino que pasa, ya que esas áreas dan a la calle. E inclusive en ciudades más o menos grandes, donde las construcciones deben responder además a criterios de seguridad, esos antiguos espacios de arquería y amplitud considerable son sustituidos por las cocheras con cancel que permiten el contacto con la calle durante el transcurso de las horas vespertinas.

“Digamos que como sujetos culturales no enfrentamos nunca la extensión pura, sino que siempre nos hallamos ante un espacio, parcelado, concebido y significado de alguna manera. Por eso es preciso negar la neutralidad del espacio, en tanto porta siempre sentidos estéticos, sociales o políticos: no hay arquitectura que no cargue, en su sinergia social, las huellas de las diferencias o las identidades sociales” (Lizarazo, 2004, p. 206).

Pierre Lévy ha intentado una topografía de lo que él llama los espacios antropológicos que han aparecido progresivamente en el curso de la aventura humana, han tomado fuerza y se han hecho autónomos hasta convertirse en irreversibles. Espacios-etapas que se sobrepone a veces, pero que coexisten en mayor o menor medida dentro de nosotros como parte de nuestra identidad.

Los espacios antropológicos son planos de existencia humana, son *frecuencias*, velocidades o ritmos diferentes en el espectro social. Hay momentos históricos en que de improviso la humanidad procede a mayor velocidad y esta nueva celeridad reconfigura o genera un nuevo espacio antropológico. Estamos ante una mediación compleja, multidimensional, que abarca lo territorial hecho geografía social y lo temporal hecho devenir histórico.

“Las relaciones entre los hombres producen, transforman y estructuran constantemente espacios heterogéneos e interconectados” (Lévy, 2002, p. 147). Cada día experimentamos estos espacios *vividos* que surgen de la interacción social. “Los seres humanos no habitan sólo un espacio físico o geométrico, sino que simultáneamente viven en espacios afectivos, estéticos, sociales, históricos: espacios de significación” (Lévy, 2002, p. 148), que como tales dependen de las técnicas, del lenguaje, de la cultura, de las convenciones, de las representaciones y de las emociones humanas.

Los planos de existencia o espacios antropológicos son mundos vivientes, generados continuamente por los procesos y por las interacciones que se desarrollan en su interior, son estructurantes. También Piaget, a propósito de las estructuras o sistemas vivos, afirma que toda estructura es estructurante.

Lévy organiza la permanencia del hombre en la tierra en cuatro grandes espacios de significación, división categorial que trasciende las coordenadas geográficas, el hábitat del hombre, aunque las incluye, y abarca el habitar humano, es decir, la apropiación o uso social de los territorios que configura las narrativas históricas.

De acuerdo con la opinión de Abilio Vergara, este ordenamiento o clasificación que realiza Lévy de los tipos de espacio que ha construido-vivido la humanidad a lo largo de su historia constituye “una suerte de paradigma relacional con el entorno, así como una visión o *episteme* del mundo” (2003, p. 60). Ubica la forma en que las poblaciones han establecido sus sistemas de referencia y sus símbolos.

A continuación presentamos los cuatro espacios antropológicos de Pierre Lévy (2002), organizados en una tabla que hemos estructurado respetando la conceptualización del autor.

Los elementos que integran este mapa de los planos de existencia, o narrativas históricas, son:

Los espacios de significación y su temporalidad histórica:

- Espacio de la tierra.
- Espacio del territorio.
- Espacio de las mercancías.
- Espacio del conocimiento.

De cada uno de los espacios de significación, se señalan:

- Sus principios organizadores estructurales.
- Sus ejes de interacción.
- Sus modalidades de conocimiento.
- Sus marcas de identidad.
- Su persistencia hoy, en nuestro *curriculum vitae*.
- Y las figuras del tiempo y del espacio.

CUADRO I

Los espacios antropológicos como planos de existencia y su interrelación.

Espacios de significación	Sus principios organizadores estructurales	Sus ejes de interacción	Sus modalidades de conocimiento	Sus marcas de identidad	Su persistencia, hoy en el <i>curriculum vitae</i>	Figuras del espacio y del tiempo
<p>El espacio de la tierra</p> <p>La gran tierra nómada es el primer espacio de significación. Inicia con el Paleolítico.</p>	<p>Se basa en los tres elementos que caracterizan al homo sapiens: el lenguaje, la técnica y las formas complejas de organización social.</p>	<p>La relación con el cosmos es el eje de este espacio: ya sea sobre el plano del imaginario (animismo, totemismo), como en la relación con la naturaleza. El eje central es el cosmos.</p>	<p>Los ritos y los mitos.</p>	<p>La identidad se inscribe simultáneamente por la relación con el cosmos y por la relación de filiación o de alianza con otros hombres: tótem y clan.</p>	<p>La primera voz en nuestro <i>curriculum vitae</i> es nuestro nombre. La inscripción simbólica en una descendencia. El "nombre" es el signo de la posición sobre la tierra.</p>	<p>Espacio: espacio-memoria espacio-narración</p> <p>Tiempo: Inmemorable. El pasado revive, porque nunca ha pasado.</p>

<p>El espacio del territorio</p> <p>Se inventa a partir del Neolítico.</p>	<p>Se basa en la agricultura, la ciudad, el Estado y la escritura.</p>	<p>No elimina a la gran tierra nómada, pero se le sobrepone parcialmente, trata de domesticarla, de convertirla en una estancia circunscrita. Las riquezas no provienen de la caza y de la recolección, sino de la posesión y explotación de las tierras. El eje central es el Estado.</p>	<p>Se basan en la escritura: inicia la historia y la difusión de los saberes de tipo sistemático, teórico o hermenéutico.</p>	<p>El eje de la existencia es el vínculo con una entidad territorial (pertenencia, propiedad), definida por sus propias fronteras: inscripción territorial.</p>	<p>Cada uno de nosotros, hoy en día, después de su nombre tiene una dirección, que representa su identidad en el territorio de los sedentarios y los contribuyentes. Las instituciones en las que vivimos son territorios con sus jerarquías, sus burocracias y sus sistemas de normas, sus fronteras, sus lógicas de pertenencia y exclusión. La "dirección" es el signo de la posición en el espacio del territorio.</p>	<p>Espacio: Territorialización: • Fundaciones. • Inscripciones.</p> <p>Tiempo: Historia. Tiempo lento, diferido, generado por las operaciones espaciales de fundaciones e inscripciones.</p>
<p>El espacio de las mercancías</p> <p>Inicia con la apertura de un mercado mundial: La conquista de América por los europeos.</p>	<p>El principio organizador es el flujo de energías, de materias primas, de mercancías, de capitales, de mano de obra, de informaciones.</p>	<p>Inicia el proceso de desterritorialización, pero sin suprimir los territorios, sino subordinándolos a los flujos económicos. No suprime los espacios precedentes, sino que los supera en velocidad. La riqueza no se deriva del control de las fronteras, sino del control de los flujos. Domina la industria. El eje central es el capital.</p>	<p>La ciencia experimental. Pero también este tipo de conocimiento se está desterritorializando. Después de la Segunda Guerra Mundial cede el paso a la tecnociencia, animada por una dinámica permanente de búsqueda y de innovación económica. El binomio de la ciencia clásica: teoría /experiencia sufre la competencia de la progresiva difusión de la</p>	<p>Tener una identidad, existir al interior de los flujos mercantiles significa participación en la producción y en los intercambios económicos, ocupar una posición en los nodos y en las redes de la producción, transacción y comunicación.</p>	<p>El ser desempleados es un mal, porque la identidad social le confiere el trabajo, el empleo asalariado, para la mayor parte de la población. En nuestro currículum, después del nombre y de la dirección, se encuentra generalmente la profesión. La posición en el espacio de las mercancías es la "profesión".</p>	<p>Espacio: • Redes. • Circuitos. • Lo urbano.</p> <p>Tiempo: • Tiempo real. • Tiempo abstracto y uniforme de los relojes.</p>

simulación y la modelización digital, que pone en discusión los postulados epistemológicos aceptados hasta ahora.

El espacio del conocimiento

La crisis actual sobre la carencia de puntos de referencia y la falta de modalidades de identificación social indican el incierto nacimiento de un nuevo espacio antropológico: el del conocimiento y la inteligencia colectiva. Está en gestación. Cuando se abra acogerá formas de auto-organización y de socialidad orientadas a la producción de subjetividades.

Como los otros espacios, tiende a dominar, no a hacer desaparecer los otros espacios. Cada vez más las redes económicas y las potencias territoriales dependen de la capacidad rápida de aprendizaje y de imaginación colectiva de sus integrantes.

El eje central debieran ser las cualidades humanas.

Porque no se trata sólo de un conocimiento científico. Cada vez que un ser humano organiza o reorganiza su propia relación consigo mismo, con sus semejantes, con las cosas, con los signos, con el cosmos se compromete en una actividad cognoscitiva de aprendizaje.

Ciberspacio. Economía del saber, redes digitales, universos virtuales.

Competencias, cooperación nómada, hibridación cultural. Se presenta una triple novedad: se refiere a la velocidad de la evolución de los saberes, ya no es una "casta" de especialistas, sino el "colectivo" humano que debe adecuarse, aprender e inventar, a producir nuevos conocimientos, y la aparición de nuevos instrumentos (los del ciberespacio), novedades que hacen aparecer ante nuestros ojos paisajes inéditos, identidades específicas propias de este espacio y nuevas figuras histórico-sociales. El espacio del saber deja de ser objeto de constatación para convertirse en proyecto. Constituir el espacio del saber. La identidad del saber.

Acercarse al otro como un conjunto de conocimientos en el espacio del saber

Espacio: Espacio metamórfico, emergente del devenir colectivo.

Tiempo:
• Reapropiación de las temporalidades subjetivas.
• Conciliación y coordinación de los ritmos.

*Fuente: Elaboración de las autoras basada en la propuesta de Pierre Lévy

Las sociedades viven a través de lo imaginario “que tiene que ver con la necesidad de simbolizar el mundo, el espacio y el tiempo para comprenderlo, por eso, en todos los grupos sociales, la existencia de los mitos, de las historias, de inscripciones simbólicas, son referencias que organizan las relaciones entre unos y otros” (Augé, 2001, p. 89).

Se trata de expresiones textuales cuyo análisis muestra de qué manera la categoría espacio-temporal se va reconfigurando en diferentes formas de expresión y representación. La discursividad se desarrolla a partir del juego entre las diferentes conceptualizaciones, a través de las cuales el hombre ha construido los espacios de significación o realidad geo-social y ha reconfigurado el tiempo como realidad crono-social.

Las imágenes oníricas, los recuerdos, la narrativa, la poesía, la pictografía de los códices mesoamericanos, la imagen cinematográfica son algunas de las formas en que textualizamos el mundo, “recursos a través de los cuales la experiencia-mundo se hace experiencia-signo” (Lizarazo, 2004, p. 197), que permiten enunciarlo, decirlo. Estas manifestaciones no son entonces un mero reflejo de la objetividad, del dato *per se*, sino que contienen las huellas de la intersubjetividad, de las relaciones sociales mediadas por la categoría espacio-temporal en las que se da una permanente interacción entre un sistema de objetos (fijos) y un sistema de acciones (flujos). El imaginario social necesita del texto para expresarse y el texto se reconoce en el proceso imaginal. “El sentido, dice Habermas, tiene o encuentra siempre una expresión simbólica” (1996, p. 19). La textualidad articula y manifiesta la dimensión expresiva de la comunicación.

LOS RELATOS MESOAMERICANOS

El relato mítico se mueve en un tiempo ahistórico y se ubica en la niebla de un lugar simbólico. Mientras que el relato histórico avanza en la concreción y corporeidad de los acontecimientos, de los sucedidos y la coordinada temporal marca los grandes hitos de su evolución.

Los códices mesoamericanos son textos míticos. Son un espacio de significación cuya iconografía no responde a nuestras concepciones espaciales de la representación de la realidad, sino que nos remite a una visión cosmogónica diferente de la indoeuropea. Lo que el *tlacuilo* o artista plasma en ellos no es la

representación del mundo, de la realidad como es percibida por los sentidos, copia conceptualizada de un sistema de acción como diría Piaget, sino que es la visualización de un mundo superior: el de los dioses. Al intentar plasmar y reducir ese universo mítico en imágenes bidimensionales, el artífice no sigue los cánones de distribución de los elementos, de planos, de perspectiva, de vacíos propios de la representación figurativa analógica, sino que inventa una forma de expresión icónica de su experiencia religiosa (Lara, 1996).

Esto nos habla de que la mirada occidental sobre el espacio desde la perspectiva óptica no es la única, existen otras perspectivas culturales. Una expresión artística puede ser figurativa sólo en apariencia, como es el caso de los códices mesoamericanos, dando pie a una lectura distorsionada cuando el lector no comparte la estructura de significación con la que fueron creados. Tal es el caso de los españoles que se horrorizaban ante los códices, negándoles cualquier valor estético y hasta considerándolos, desde su perspectiva ideológica, imágenes satánicas. En el fondo lo que el mundo mesoamericano quiere expresar con la línea, la forma y el color en la bidimensionalidad de la imagen es una concepción, no del espacio físico, sino del “espacio religioso”, del espacio conceptual cosmogónico, del espacio primigenio.

Los códices prehispánicos, síntesis de una concepción del espacio como geosímbolo, trasuntan también una visión del tiempo que no es el así llamado tiempo civil. En ellos se maneja el tiempo religioso, o temporalidad cíclica, llamado por Mircea Eliade el “tiempo primordial”. La eterna repetición del acto cosmogónico, del eterno retorno, que afianza los mitos fundadores, percibidos y vividos como estructurantes del presente identitario del grupo y como su destino futuro.

LOS RELATOS LITERARIOS

Por su parte, la poesía y la literatura reconfiguran el tiempo y el espacio en un juego metafórico, rompiendo la cadena de sus eslabones articulados y densos, como lo hace Juan Ramón Jiménez quien nos sumerge en el tiempo subjetivo y vivencial, en la experiencia de un ritmo que no fluye al compás del calendario ni del reloj.

“... Ordenaré mis actos para que el presente sea toda la vida y les parezca el recuerdo; para que el sereno porvenir les deje el pasado del tamaño de una violeta y de su color, tranquilo en la sombra, y de su olor suave” (1993, p. 94).

En el espacio literario que cultiva García Márquez la mediación espacio-temporal se experimenta a partir de la yuxtaposición de lo imaginario y lo real y, como consecuencia, las sensaciones, los horarios, las costumbres y las normas se alteran:

“Al amanecer del jueves cesaron los olores, se perdió el sentido de las distancias. La noción del tiempo, trastornada desde el día anterior, desapareció por completo. Entonces no hubo jueves. Lo que debía serlo fue una cosa física y gelatinosa que habría podido apartarse con las manos para asomarse al viernes” (2003, p. 180).

Cuando hablamos de que alguien se perdió, se extravió, lo asociamos con un lugar, que resulta inhóspito o desconocido, y eso nos causa angustia y miedo. En el realismo mágico el espacio se trastoca en tiempo, de manera que un personaje puede perderse en el olvido, puede extraviarse en la memoria:

“Mi padre me dijo: ‘No se mueva de aquí hasta cuando no le diga qué se hace’, y su voz era lejana e indirecta y no parecía percibirse con los oídos sino con el tacto, que era el único sentido que permanecía en actividad. (...) Pero mi padre no volvió: se extravió en el tiempo” (García Márquez, 2003, p. 180).

El espacio literario hace uso y remite al lector a la realidad virtual privada de cada uno, en la que el escritor, los personajes de la obra y el lector mismo cuentan con una corporeidad distinta a la física, a través de la cual experimentan el espacio. La incorporeidad de Eva, personaje de García Márquez, le permite estar en el escenario de su desaparición:

“Y ella estaría allí. Contemplaría el momento, detalle a detalle, desde un rincón, desde el techo, desde las hendiduras del muro, desde cualquier parte; desde el ángulo más propicio, escudada por su estado incorpóreo en su inespacialidad. (...) Fue entonces cuando descubrió una nueva modalidad de su mundo: estaba en todas partes de la casa (...) Estaba en todo el mundo físico más allá. Y sin embargo, no estaba en ninguna parte” (2003, Pp. 32-34).

LOS RELATOS CINEMATOGRAFICOS

La fotografía, la pintura, el cine y el video son una apropiación plástica del espacio. En la imagen el espacio “se ductiliza, se encoge y se agranda, se achata o se agudiza, sin que se destruya su integridad” (Lizarazo, 2004, p. 226).

Según Marc Augé la imagen va asociada a un relato y ese relato es la expresión rítmica del habitar del hombre. La imagen es una expresión de la simbolización de las relaciones con el otro. Es la síntesis de los acontecimientos que pueden ser interpretados. En la imagen se sintetizan “las relaciones de identidad y de alteridad y sobre todo, la manera en que la identidad individual o colectiva, en contextos diferentes, se construye” (2001, p. 87).

Las imágenes cinematográficas forman parte del conjunto de elementos que configuran los imaginarios sociales, y en el contexto de los estudios en comunicación se vuelven importantes en tanto nos hablan de las formas en que se organizan las relaciones entre unos y otros.

El arte cinematográfico convierte en dos planos la tridimensionalidad de lo real y con la alquimia de sus recursos del lenguaje nos lleva por vericuetos y elipsis temporales.

El cine, en sus inicios, pedía prestado al teatro y a la pintura sus recursos expresivos. Todavía no se llegaba a entender que el cine era imagen en movimiento, un desplazamiento no sólo interno como en el teatro, sino también una posibilidad de movilidad externa. La cámara se constituye en el punto de vista del camarógrafo, mismo que luego se le presta al espectador para que desde la butaca, éste también se desplace con aquél.

En cuanto al manejo del tiempo, el séptimo arte descubre las posibilidades de la contracción y dilatación del tiempo real, del ir y venir entre el pasado y el futuro, lo que da origen a la noción de “tiempo cinematográfico”:

“La experiencia de ver el cine nos obliga a un juego extraordinario de las temporalidades: el devenir temporal en la sala, las dos horas de mi vida que pongo a rodar en esa situación se resustancializan por la representación de tiempo de lo que vemos en la pantalla; esas dos horas reconvertidas en los sesenta años del protagonista, o los diez años de la guerra” (Lizarazo, 2004, p. 226).

LA SIMULTANEIDAD DESESPACIALIZADA

A lo largo de este texto se ha reiterado que el espacio antropológico y el tiempo del hombre son sistemas de proximidad, son ámbitos de significación. Y si anteriormente el eje de la existencia y por tanto de pertenencia, de identidad cultural era el vínculo con una entidad territorial física, definida por sus propias fronteras, hoy en día la interacción humana, las nuevas formas de socialidad, se están desterritorializando. El “nomadismo digital”, gestado por las nuevas

tecnologías de información y comunicación, produce, transforma y estructura, una nueva lógica espacio-temporal: la simultaneidad desespacializada.

En la vivencia social cibermediática la categoría tiempo-espacio sufre un intercambio respecto a la forma tradicional como se percibe la realidad, de ahí que el hombre está modificando su forma de apropiación de la realidad misma. Parte de lo que sucede en el ciberespacio es que algunos de nuestros principios de experienciación del espacio, como la gravedad o la estabilidad, se rompen. Lo que hace diferente al universo expresivo ciberespacial de otras manifestaciones simbólicas como el cine o la televisión es que aquél es el producto de una nueva percepción del tiempo y del espacio, y a toda nueva percepción corresponde un nuevo universo. En el devenir histórico de las expresiones del hombre, los cambios entre percepción y universo son los que caracterizan las rupturas.¹

Ante el panorama de los cambios tecnológicos en el campo de la información y la comunicación, hay un quiebre epistemológico respecto al estudio del tiempo y del espacio como categorías antropológicas. El análisis de la interacción digital se resiste a ser visto desde la lógica aplicada a los medios de comunicación social y a otras formas de socialidad, algunas de las concepciones teórico metodológicas pre-existentes no responden al análisis del nuevo entorno tecnocultural.

Pierre Lévy establece que el nuevo espacio antropológico en gestación: el de la sociedad del conocimiento, acogerá formas de autoorganización y de socialidad orientadas a la producción de subjetividades. De ahí la necesidad de incorporar a los estudios comunicológicos referentes a las nuevas tecnologías de información y comunicación la categoría espacio-temporal, que en la modalidad inédita de la simultaneidad desespacializada provoca nuevas formas de socialidad, la virtual.

Ante el crecimiento exponencial de la morfología de redes debemos reflexionar sobre la forma en que este fenómeno emergente “posibilita una redefinición teórico-conceptual y operativa de los espacios sociales” (Rojas Bravo, 2002, p. 218), al grado de que la organización en redes constituye la nueva conformación de nuestras sociedades. Desde esta perspectiva la distancia, no física, sino social, económica, política y cultural entre dos puntos o posiciones sociales, podrá variar, dice Castells:

¹Por ejemplo, los impresionistas crearon una nueva manera de expresar la realidad y plasmarla plásticamente, jugando con la percepción del color, a través de la luz como mediación. Además, integraron al campo del arte la cotidianeidad, plano de existencia que hasta ese momento no era “digno” de figurar en un cuadro.

“Entre cero (para cualquier nodo de la misma red) e infinito (para cualquier punto externo a la red). La inclusión/ exclusión de las redes y la arquitectura de las relaciones entre sí, facilitada por las tecnologías de la información que operan a la velocidad de la luz, configuran los procesos y funciones dominantes en nuestras sociedades” (2000, p. 506).

A propósito de una nueva arquitectura de las interacciones, las salas de chat han generado una propia microecología comunicativa, basada en la cercanía y la co-presencia en el espacio virtual, que paradójicamente es un lugar desespacializado. El espacio virtual es un constructo social que difiere totalmente de nuestra concepción y percepción del espacio físico. La inmersión en el espacio virtual sólo se logra a partir de la experiencia directa, por lo que se trata de una nueva categoría. Al espacio del chat se le está llamando *espacio practicado*, ya que sólo existe cuando hay interlocutores, y al no haber actuantes, desaparece, lo que no sucede con el espacio físico, o *espacio habitado* (Lara, 2004). A diferencia del video o del DVD que son potenciales semióticamente, puesto que necesitan ser reconocidos por el sujeto, en el caso del chat esta potencialidad semiótica radica en la necesidad de que el sujeto esté presente, lo practique, y así construya colectivamente la significación .

Uno de los elementos del espacio de significación de la sociedad del conocimiento, se refiere a las múltiples formas potenciales de interacción. Al respecto Pierre Lévy afirma que cada vez que un ser humano organiza o reorganiza su propia relación consigo mismo, con sus semejantes, con las cosas, con los signos, con el cosmos se compromete en una actividad cognoscitiva de aprendizaje (2002).

CONCLUSIONES

En este texto argumentamos en torno a la necesidad de considerar como categoría esencial en los estudios comunicológicos la dimensión espacio-tiempo, a partir de las contribuciones de Milton Santos, Gilberto Giménez, Rossana Reguillo, Marc Augé y Manuel Castells, fundamentalmente.

En este recorrido de las distintas formas de conceptualizar la categoría espacio-temporal, como modalidades geo-social y cronosocial, respectivamente, resalta su carácter relacional, puesto que cuando nos referimos a la existencia de diferentes maneras de apropiarse y valorizar el espacio-tiempo, estamos frente a procesos de construcción de identidades individuales y colectivas y de producción de sentido. Es decir, estamos frente a un proceso comunicativo.

Otro de los hallazgos sobresalientes es la reconfiguración de la categoría espacio-temporal en la textualidad y su papel en nuestras sociedades: desde la expresión mítica, el relato literario, la imagen mediática y el hipertexto, encontramos que estas expresiones son una forma de designar y de signar la intervención del hombre en un espacio y tiempo determinado, son una forma de simbolizar la relación entre el hombre y su entorno.

A partir del estudio de la clasificación histórica de las distintas formas de vivir el espacio-tiempo que realiza Pierre Lévy, hemos revisado aspectos sobre los cuales es necesario seguir reflexionando, sobre todo ante el surgimiento del entorno tecnocultural, o sociedad de flujos: Nuevo tipo de espacio antropológico, denominado por varios autores sociedad del conocimiento y de la inteligencia colectiva. Uno de los retos para el campo académico de la comunicación es la superación de una Visión Instrumental de la convergencia digital y la intervención en los procesos de construcción de las nuevas formas de auto-organización y de socialidad, orientadas al desarrollo de la ciudadanía comunicativa.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. (1998). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una tropología de la sobre-modernidad*. Barcelona, España: Gedisa.
- _____. (2001). *De lo imaginario a lo ficcional total*. En Abilio Vergara Figueroa (Coordinador). *Imaginario: Horizontes plurales*. México: INAH, ENAH, BUAP. 85-95.
- Castells, M. (2000). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura, volumen I: La sociedad Red*. México: Siglo XXI.
- _____. (1997). *Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional*. En Manuel Castells y Otros. *Nuevas perspectivas críticas en educación*. Barcelona, España: Paidós. pp.13-53.
- Certeau, M. de (2000). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana e ITESO.
- García Márquez, G. (2003). *Eva está dentro de su gato*. En *Ojos de perro azul*. Barcelona, España: Debolsillo. pp.21-37.
- _____. (2003). *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*. En *Ojos de perro azul*. Barcelona, España: Debolsillo. pp.171-182.
- Giménez, G. (2000). *Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural*. En Rosales Ortega, Rocío (Coordinadora). *Globalización y regiones en México*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y Porrúa. pp. 19-52.

- _____. (2005). *Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural*. En Trayectorias. Revista de Ciencias Sociales. Año VII, número 17. Enero – Abril. Monterrey, México: Universidad Autónoma de Nuevo León. pp. 8-24.
- Habermas, J. (1996). *Teoría de la acción comunicativa: Complementos y estudios previos*. México: Red Editorial Iberoamericana. p.19.
- Jiménez, J. R. (1993). *Platero y Yo*. México: Fernández Editores.
- Kerckhove, D. de (1999). *Inteligencias en conexión. Hacia una sociedad de la web*. Barcelona, España: Gedisa.
- Lara C. (1996). *Análisis estilístico comparativo entre fragmentos de los códices Nutall y Vindobonensis de la Región Mixteca Alta y los códices Borgia y Vaticano B de la Región Tlaxcala-Puebla*. San Luis Potosí, México: UASLP. (no publicado).
- _____. (1999). *Una tipología del hábitat de la burguesía porfiriana en la ciudad de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, México: UASLP. (no publicado).
- _____. (2004). *Las tecnologías de información y comunicación (TIC) y la producción de sentido en las interacciones sociales*. Tesis doctoral. La Habana, Cuba: Universidad de la Habana. (no publicado).
- Lévy, P. (2002). *L'intelligenza collettiva. Per un'antropologia del cyberspazio*. Milano, Italia: Feltrinelli.
- Izarazu, D. (2004). *Íconos, figuraciones, sueños. Hermenéutica de las imágenes*. México: Siglo XXI Editores.
- Mataix, C. (1999). *El tiempo cosmológico*. Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Ravenet, M. (2003). *Los estudios comunitarios desde una perspectiva espacial*. En Caminos. Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico, No. 27, La Habana, Cuba. pp.30-43.
- Reguillo, R. (2000). *Ciudad y comunicación. La investigación posible*. En Guillermo Orozco (Coord.), Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI. Madrid, España: Ediciones de la Torre. pp33-49.
- Rojas, G. (2002). *Las universidades en el horizonte tecnológico del siglo XXI*. En Versión. Estudios de comunicación y política. México: UAM-X. diciembre. pp. 211-240.
- Santos, M. (1998). *La metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona, España: Oikos Tau. Disponible en: www.geografia.tripod.com.ar/secciones.htm
- _____. (2000). *La naturaleza del espacio: Técnicas y tiempo, razón y emoción*. Barcelona: Ariel.
- Vergara, A. (2003). *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano. Quebec, La Capitale*. México: INAH.